ANO XIX. — Nº 888.

EL DIA

MONTEVIDEO, ENERO 22 DE 1950.



VISTA AEREA DEL POLONIO

(Fotografía Juan Caruso)

Detalle del cabo Polonio, collado de color verdoso, y de unos cuarenta metros de altura, donde está el faro-radio del Polonio, el más avanzado del Atlántico Sur; y al fondo, una de las islas de lobería.

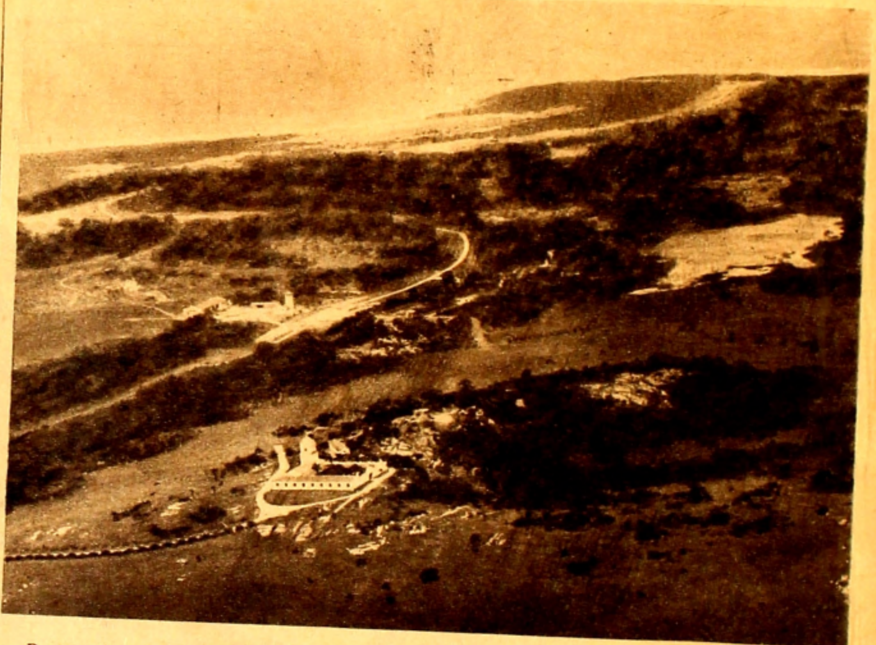


El puente internacional sobre la barra del Chuy inaugurado por Don Tomas Berr[illegible] cuando era Ministro de Obras Públicas. A la izquierda, el Brasil; a la derecha, [illegible] Uruguay

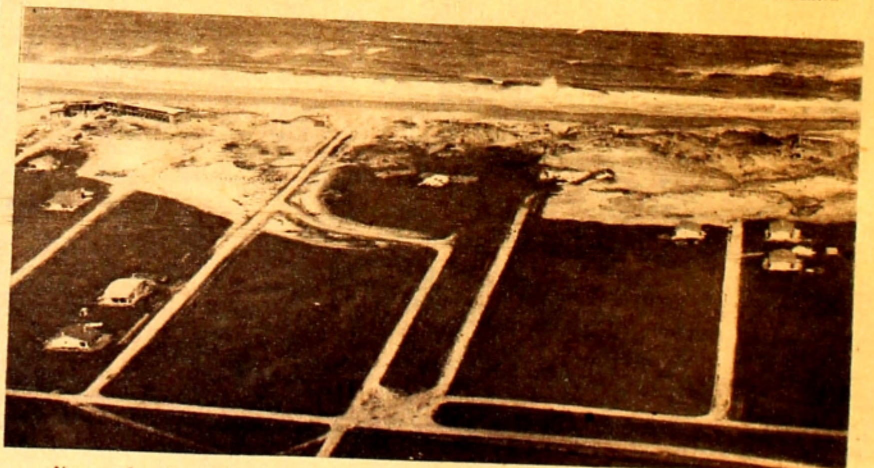
POR LOS CIELOS DE ROCHA

NOS parece que el aeropuerto de Castillos está llamado a adquirir una especial importancia en el seno del, por muchos conceptos, admirable Departamento de Rocha. Está situado sobre un terreno naturalmente llano y firme, y en su cabecera, o dos mil metros de la entrada de coches, está adornado con una hilera de las estupendas palmeras del lugar. No está, por tanto, en la zona típica de los palmares, que hubiera sido un escenario grandioso para los viajeros, pero eso hubiera obligado a cortar decenas de palmeras, cosa —por fin— completamente imposible ahora, a objeto de conservar para las generaciones venideras esa curiosidad de la tierra uruguaya. En cambio, tiene la ventaja de estar a la misma vera de la carretera, en el kilómetro 260, y a cinco minutos de Castillos en coche; o sea a un paso de la simpática localidad en donde empiezan las grandes atracciones turísticas de la región: el Camino del Indio, las huellas de los indios, la historia de los blancos, museos y fortalezas, y el paraíso de los viajeros, que desde Montevideo y Buenos Aires, y cada vez más desde el Brasil, acuden para contemplar las perspectivas de parques, flores, playas, lagunas, garzas, forestas criollas, pesqueros, salinas, y fronteras de la región.

En este aeropuerto puede aterrizar perfectamente, excepto con temporal, un avion



Perspectiva del Parque Nacional de Santa Teresa. En primer plano el palacio de la Administración. Más lejos el sombráculo, el invernáculo y la playa de la Coronilla



Nuevos barrios residenciales y el nuevo hotel que se construye cerca del Chuy

del tipo DC-3, con dos motores y elegantes turistas, pero, por ahora, lo usa únicamente el Aero Club de Rocha, filial de esa entidad nacional y progresista, verdadera Universidad del aire, que está haciendo, en Melilla, y en todo el país, decenas de pilotos. Por eso es que el aeropuerto de Castillos ha sido cedido gentilmente por un antiguo vecino en el lugar, el Sr. Bernabé Balandon. Por eso es, también, que siempre está animado de alumnos rodeando a su instructor el Sr. Hilario Almandós. Una rueda muy agradable, porque alumnos son en Rocha, el medico, el hacendado, el mecánico y el ingeniero que por motivos profesionales recorren la comarca.

Se trata de una sociedad muy curiosa, a la vez tradicional y moderna. Todos ellos, durante el almuerzo en pleno campo, manejan el cuchillo como verdaderos gauchos, y con la misma destreza, el avión y el camion; en contraste con el cronista que no maneja ni el camión, ni el avion, ni el cuchillo. Se hablaba de repartir a los viajeros en aviones, como cuando se dispone, en tierra, de varios coches. A nosotros nos correspondió un espacio en el avión privado del Presidente del Aero Club local, Sr. Zenande Riet Correa, un hacendado que vive "a diez minutos de aquí"; y que en seguida aclaró personalmente: "a tres horas en coche". Los diez minutos eran cálculos para su "Stimson Voyager", de cuatro plazas, que guarda en un hangar del aeropuerto de su estancia al lado de su casa.

Este avion con la amabilidad de su propietario, sirvió a las mil maravillas para el deseo de la "Asociación Pro Fomento del Turismo en Rocha", recientemente constituida, y que había querido llevarnos en una alfombra mágica por gran parte del departamento a fin de ver las novedades de la temporada. El aparato picó con tanta agilidad que a los pocos instantes no es el campo del Club lo que hay debajo, sino un mapa esplendido, primorosamente detallado con todos los problemas de relación resueltos en todos los sentidos. Inmediatamente un gran personaje se nos acercó con una facilidad pasmosa. Era el Cabo Polonio con el faro del mismo nombre. La gran silueta de esta torre, solitaria como ninguna, sobre los promontorios rocosos más avanzados de esta Patria al Atlántico Sur, aparecía a la luz de la tarde con unos colores admirables entre el azul profundo del océano y el blanco de la espuma. El escenario es grandioso, quizá el más impresionante de toda la costa del País. El aparato bajó un poco para poderlo ver mejor. En torno a la torre las aves infinitas se agitaban como un avispero, multiplicando su propia silueta con la sombra proyectada sobre el suelo. Aquí hay ya una gran novedad: el Cabo Polonio, antes inaccesible, tiene ahora claramente un camino hecho por los "jeeps" que a diario llegan hasta allí, con diversas misiones. A un lado y a otro se extienden las playas magníficas del Polonio ya dominadas por el turismo, y los aficionados a la pesca.

Sobre el mar es mas fácil volar bajo, sin complicaciones, y esto nos presentó otra estampa poco conocida. En medio del océano, ya bien separadas de la costa, existen unas rocas que vistas desde el mar ofrecen la silueta bravía de un castillo medioeval legendario, digno del Rin, o del Polonio. Es una roca interesante porque contemplada durante añares por navegantes y piratas, dió el nombre de "Castillos" al lugar que luego tomó la progresiva localidad de Rocha, que ahora cuenta con el aeropuerto que nos ha despedido.

Unos pocos metros más de descenso, nos permitió ver lobos cubriendo los arrecifes de "Castillos". Era imponente en aquella hora la muchedumbre que allí se percibía; pero, inmediatamente, el avión se encumbró. Este "repecho" daba un encanto especial a la diminuta cabina. La extraña manera de dar el sol por el parabrisas demostraba que no estábamos en un coche sino en "un barrilete" a pesar de la coquetona decoración interior, con las butacas marrón y la tapicería de las puertas en rojo; pero las ventanillas son siempre el objetivo principal. Toda la zona de la costa que rodea el grandioso Parque Nacional de La Coronilla se ha civilizado de tal forma que ya se ven muchos chalets entre el Parador de la Comisión Nacional de Turismo y Las Maravillas; y todavía otra novedad más: en este mismo lugar ya muy cerca del Chuy se está construyendo un gran hotel, que desde el aire se ve muy avanzado con los techados terminados y el andamiaje en parte retirado.

Una vista nítida y precisa es el puente sobre la Barra del Chuy. Lo vimos inaugurar a don Tomás Berreta en 1944 y ahora es un bello saludo entre las riberas de dos pueblos amigos, Brasil y Uruguay. Más allá la población brasileña de la Barra del Chuy con su faro de colores brillantes y sus casas, es un gran punto de mira. Desde allí, el trayecto a la frontera en el Chuy, y a la espectacular y meritísima Pulpería de San Miguel, es simplemente un planeo suave y maravilloso.

Después el tema fundamental es el encanto peculiar del Departamento de Rocha. El Parque de La Coronilla, desde el aire, a pesar de sus detalles admirables, la Administración, el sombráculo, el invernáculo, los lagos y las flores, y la inolvidable Fortaleza rasante, no es tan destacable en el conjunto, porque la verdad es que por todas partes el suelo es una sugestiva alfombra verde de tonalidades aterciopeladas limitada por el brillo de los bañados, las eras de las nuevas salinas y el misterio de las palmeras decorando como alfileres sobre un mapa, las cercanías de la Laguna Negra, y los balnearios de la costa. El más grande hidroavión de este siglo, el "Lionel de Marmier", acuatizó en la Laguna de Rocha, plateada como una bandeja; pero, para un profano parecería que en cualquier sitio se podría bajar allí.

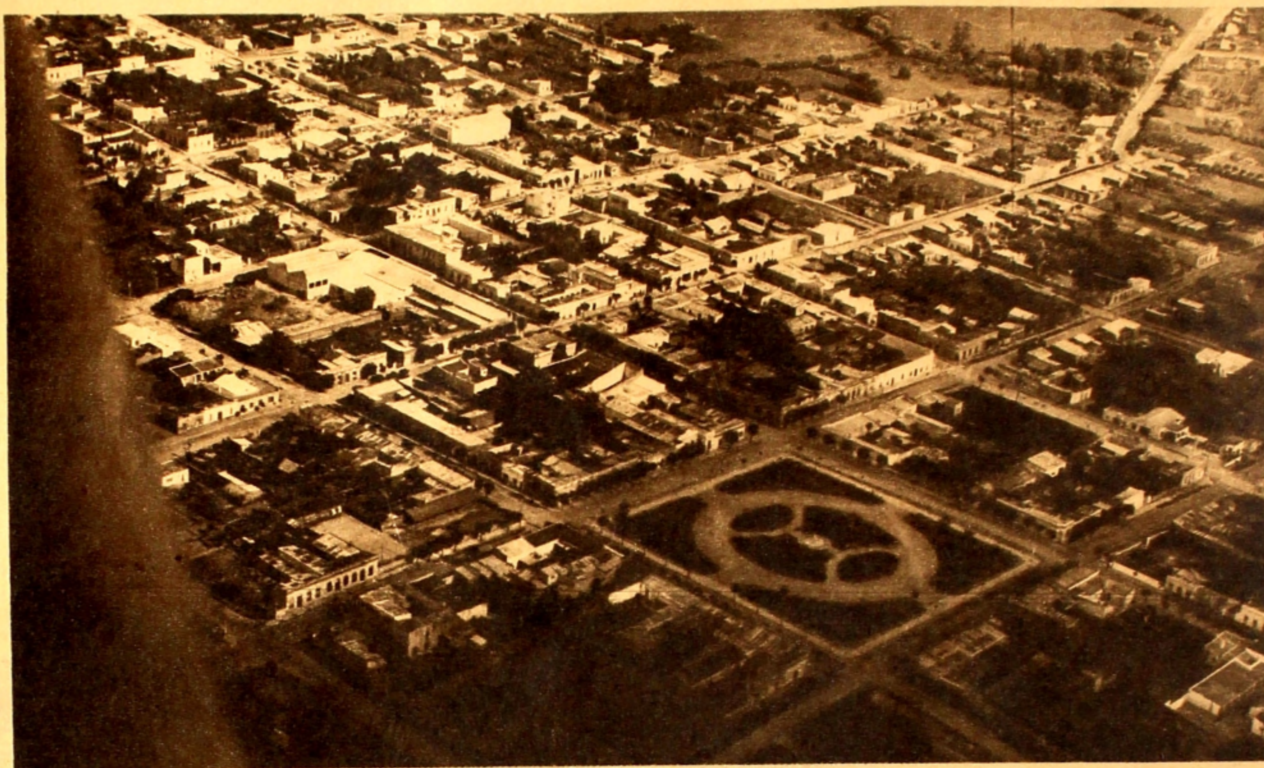
Nosotros bajamos de nuevo en el aeropuerto de Castillos, para continuar nuestra información con el Sr. Héctor Soria, de la Comisión Nacional de Turismo de la ciudad de Rocha.

Luego al despedirnos del presidente del Aero Club, supimos cuál era su ilusión de usuario del aire: que llegue pronto el día en que, tardando sólo una hora en trasladarse con su señora y tres niños de su casa a Montevideo, como ocurre ahora, se logre bajar en un aeropuerto más céntrico. Por ejemplo un aeropuerto, del cual ya se ha hablado, en algún parque de la península de Punta Carreta.

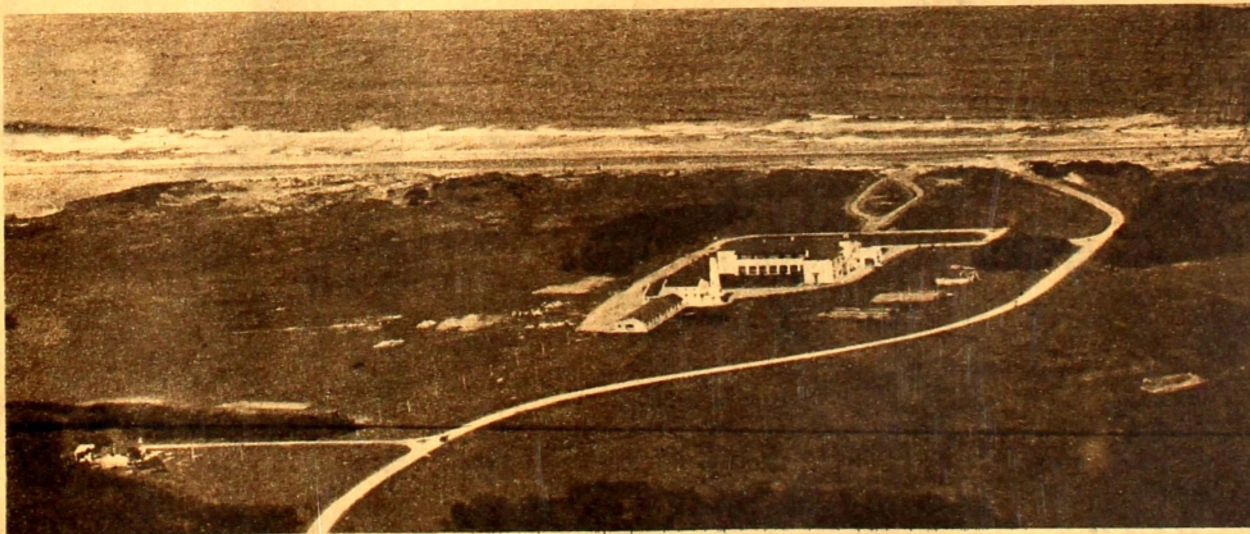
Rodolfo OBREGON.



La isla atlántica que dió nombre a Castillos por su silueta de fortaleza vista desde el mar; actualmente cubierta de lobos.



La plaza y el centro de la ciudad de Castillos desde el aire.



Vista aérea del Parador de la Coronilla.



André Lothe rodeado de sus discipulo

UNA VISITA A ANDRE LHOTE

CUANDO subíamos los 5 ó 6 pisos que conducen a la casa taller de Andre Lothe, no podíamos menos que pensar en su personalidad de pintor, y en sus extraordinarios estudios sobre la pintura volcados en sus libros. Bullía entonces en nuestra mente el "Tratado del Paisaje". André Lothe, que recogió como todo el arte moderno la lección profunda de Cezanne, supo empero no desviar la ruta hacia una desintegración total, sino que buscó siempre la construcción de los planos, mediante aquella sabia profecía del mago de Aix sobre la forma vista a través del prisma, el cubo, y el cilindro. Andrés Lothe fué cubista, que llamaríamos en cierto sentido moderado, no por falta de fuerza o de talento, sino por conciencia y razonamiento, y sobre todo, por conservar lo que verdaderamente constituía la construcción, el armazón de la obra, lejos de la dispersión que entonces se despeñaba... Sin embargo, André Lothe buscaba y aún sigue buscando, hurgando en los secretos de la pintura, disecando sus posibilidades en una síntesis completa y profunda. Cierto que miró hacia atrás para lograr — como han logrado todos los maestros de todos los tiempos — esa sabiduría que hoy le da un trono entre los artistas modernos, y que hace que una pléyade de discípulos venidos de todas partes del globo, reciban sus lecciones, o pidan consejo. La medida de oro, el contralor severo de los colores, la luminosidad de éstos, y la geometrización de las formas, conservando empero una

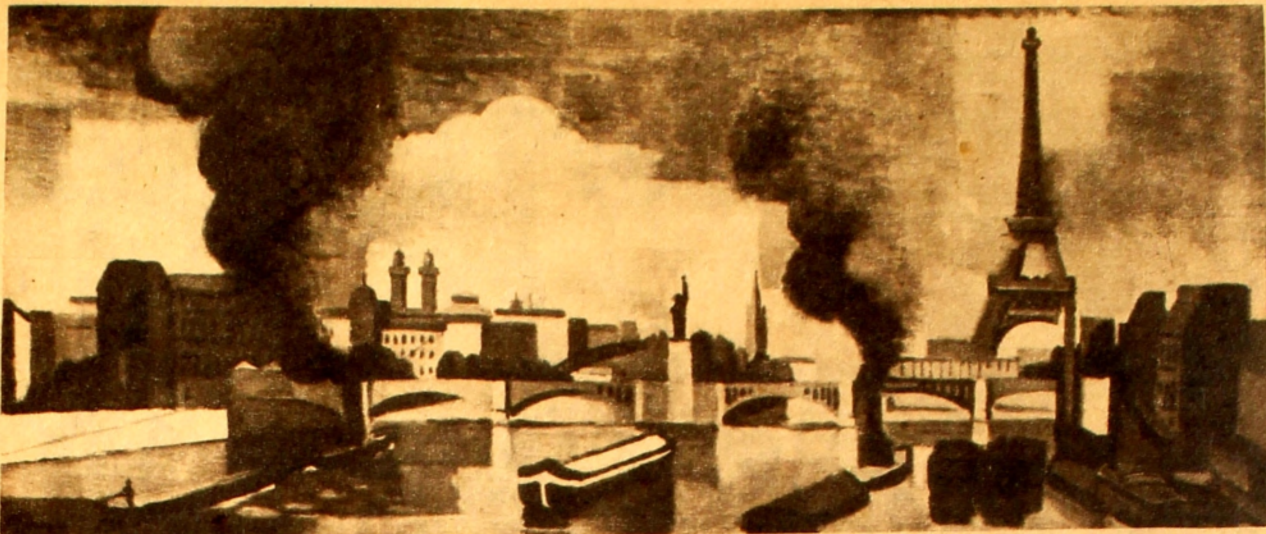


Figuras. Olec

perfecta relación entre los colores, la luz y la división de los espacios. Ha pasado como casi todo artista moderno por distintas etapas, y al color tonal y musical, ha sucedido una armonía de colores primarios y secundarios en su fuerza total. Los contornos, anotados en signos de marcación, como centro vital del desplazamiento de los colores, como margen de luz, y como arquitectura que divide y conjuga la "divina dimensión", posee también su luz y sus distintos tonos y colores, porque ellos, como los espacios, están dichos teniendo en cuenta un notable significado expresivo y técnico.

Hoy recibe André Lothe, y antes de abrirnos la puerta un murmullo anticipa que como siempre que ésto sucede — una vez por semana — el taller está colmado de visitas. El mismo aparece con su amable sonrisa, y nos hace pasar. De baja estatura y de complexión fuerte, anchos hombros y salientes pómulos, la frente hacia atrás, y el pelo blanco y gasoso se revuelve en la luz del espacio. Sencillo, con sus cómodas sandalias, va de un lado a otro atendiendo a sus invitados. Aprovechamos para ir mirando lo que nos rodea. Estamos en una salita anterior al estudio: una mesita de estilo antiguo alberga potes y vasos antiquísimos. Una rarísima jaula dorada, y dentro de ella un pájaro de colores embalsamado. Creemos que el pintor nos olvida, pero al vernos desde lejos curioseando esta jaula, se acerca y nos dice con una sonrisa que derrama simpatía, que esa jaula la posee hace muchos años, y sin esperar más, agrega a nuestro asombro por el magnífico trabajo, el encanto de una música de increíble realidad. El pájaro, mediante un mecanismo especial canta y se mueve, vibrando por sus trinos agudos, todo su plumaje dorado. Reclama nuevamente la presencia del pintor otro sector que observa un cuadro, y mientras Lothe se aleja, seguimos viendo esas máscaras primitivas e indígenas que cubren las paredes del taller, máscaras horribles algunas, y llenas de sugestiones otras, armas antiguas, y en una pequeña vitrina, distintos objetos de épocas y países lejanos. El salón grande del taller ha sido despejado, y a su alrededor, sillones, sillas y banquetas de distintos estilos, sirven de asiento a toda una rara variedad de admiradores. Los hay de los Países Bajos de América del Norte y del Sur, jóvenes, y algunos, especialmente mujeres, de edad ya madura. No falta la nota extravagante en un vestir existencialista, y también el retablo de dulce ternura en una pareja de chinos. La alfombra roja, y los altos ventanales tamizados por la cortina que gradúa la luz, son dos puntos donde la vista cede. Es que el pintor corre y descorre esta según las conveniencias del cuadro que muestra, y la alfombra sirve siempre como un sostén que armoniza con las telas de colores intensos y puros. Ya se ha entrado decididamente a admirar los cuadros. El maestro, siempre con su sonrisa alegre y una ironía fina en sus labios, muestra su obra con entusiasmo y responde a las preguntas.

Se van haciendo varios grupos, y sale a relucir la obra de años atrás y las últimas telas. El calor se hace por momentos sofocante. Madame Lothe, con un simple vestido blanco que hace más claros sus ojos azules, el inapagable cigarro en la boca grande y roja, y sus ademanes sin afectación ninguna, sirve un refresco.



Paisaje de París. Oleo.

El pintor ha puesto ante nosotros uno de los cuadros de paisaje donde sus estudios para aplicar las leyes constructivas, están presentes. Es una tela pequeña pero llena de armonía. Un rico aficionado brasileño la adquiere de inmediato. André Lothe es solícito con todos, a todas las preguntas responde con buen humor y drástica decisión. No puede desprenderse de esa simpática y mordaz ironía dicha finamente y siempre con fundamento. Lothe va de un grupo a otro. La pareja de chinos, muy jóvenes, no se atreve a detenerle, y atinan solo a buscar su mirada para sonreirle. Carpetas con dibujos ,acuarelas, croquis, todo lo deja el pintor en manos de los ávidos visitantes que devoran su estilo, y las palabras que respecto a él pronuncia el artista.

Allí se halla representada toda su evolución pictórica, en la que siempre se destaca el razonamiento sobre la copia del natural. André Lothe parte del modelo, y luego aplica la simplificación geométrica bajo el amparo de las leyes más estrictas. En el presente realiza una pintura a todo color, es decir, busca ante todo la luminosidad de estos y el secreto de los pasajes. En ellos radica su principal virtud. Lothe posee obras en que la luz es el amarillo, la media tinta el anaranjado, y la sombra el azul. Sin embargo, este color primario, está tan bien distribuído, que domina como gama armónica o madre, e ilumina los demás, realizando el prodigio del equilibrio. Si bien el pintor se ciñe, como dijimos, a una rígida depuración, y se remite a los elementos indispensables a su orden, sus obras modernas no caen jamás en lo grotesco o débil, sino que se sostienen con una particular fuerza de carácter. Es en la fineza de la gama que denota las medias tintas, donde se hace el centro de equilibrio entre las dos fuerzas; la sombra, y la luz.

El sol baja lentamente, y refleja su oro en la cortina del ventanal. El rojo de la alfombra se tiñe de su luz, que vibra en la superficie. El dorado pone un tinte especial en los rostros, las copas vacías transparentan planos de colores que barnizan con su brillante cristal. Las viejas y horribles máscaras parecen salidas del infierno, y la muerte de la tarde ensangrienta sus grandes fauces de caníbales, y enrojece el perfil de sus enormes ojos que miran con espanto. Las que están colgadas en lo alto de la pared, van entrando en la noche de la luz, y sus formas comienzan a ser vagas, envueltas en esa doliente gasa gris que precede al luto de las ideas. En la noche cobrarán las formas borrosas e indefinidas que son vida de la imaginación perdida en pensamientos abstractos.

La sugestión que se halla en ese vaho de la naturaleza que nos hace ver formas en las nubes, en las manchas, en las rocas, y en casi todo lo que es hijo del inmenso azar, comienza a reinar en derredor, y las figuras de las telas, con sus colores y los planos, al igual que las máscaras, comienzan a sugerir formas...

Algunos se despiden ya. Miramos a los jóvenes chinos, y siguen sentados e inmóviles, con sus ojos y sus bocas estirados en una sonrisa.

Se acerca Lothe y ella intenta, levantando apenas la mano y descubriendo una hermosa dentadura blanca. Por fin el pintor se inclina, y ella le muestra un dibujo. Es de su esposo que pinta. Este permanece callado, y los dos, con los ojos puestos ávidamente en el maestro, esperan la palabra que ha de darles quizás esperanzas para seguir luchando en ese mar de pintores que es París. Lohté sonríe y hace indicaciones. Desecha todo lo imitado, y se queda con un dibujo casi infantl, pero que encuentra con oriental encanto. La pareja parece sonreir desencantada y tristemente. Triunfa el principio, y es derotado todo el estudio de años. ¿Entonces? Las sombras de la noche agobian los hombros del joven, que recoge en su carpeta los trabajos. Cuando se van, son dos sombras en la oscuridad del taller, dos sombras que llevan dentro de sí un enigma envuelto en la gasa gris que ya muere en la noche.

La cabeza de André Lothe se recorta firme en el umbral de la puerta. Dejamos pasar un rato aún, y nos despedimos del pintor. Madame enciende la luz, y la ancha y franca sonrisa de Lothe aparece nuevamente en la realidad de todo lo que nos circunda.

Eduardo ***VERNAZZA.***

(Notas de París - 1949).



Una vista de la Academia de André Lothe.



La plaza principal de Santillana

SANTILLANA DEL MAR

SANTILLANA del Mar no se merece una descripción: el misterioso sentido de su condición ciudadana requiere una mira más alta y ahincada, pues aquello particular que la define no está radicado exactamente en lo material. Santillana, como Avila, no está en un trazado de calles, en unas piedras y monumentos; está en lo que del conjunto emana. Por eso la descripción sería incompleta, aunque lograse verter todo lo que sus medios permiten. Es como la revisión de fotografías a las que siempre faltará la calidez del ambiente, el animado vibrar del aire, la relación de los espacios que se da en ese sentirse dentro del hueco, recibiendo intuitivamente el mensaje emotivo de las cosas. Quisiera por eso tentar comunicarme con el lector a través de sensaciones, para paladear el sabor vivo, caliente, de este sitio de los recuerdos — leyenda y realidad —; no exponer el exterior formal de las cosas, sino descubrir gozosamente el misterio de su perfil huidizo que da categoría señorial a unas pocas calles y a un algo más de casas. Es inútil ver las cosas por fuera sin adentrarse en aquello particular que las hace vibrantes, llenas de calor y de sangre. No todo consiste en observar; para ver se necesita sentir el asombro de lo inanimado que se puebla de esos duendes que a la larga, resultan afectos a uno, como viejos amigos. No extrañe, entonces, que en el curso de esta nota logre hablar de la polémica de las casas o de una iglesia melancólica. Los atributos de las piedras no son simples adjetivos, son actitudes cuajadas en la extraña comunión que con el hombre se hace



Fachada de la Colegiata

De acuerdo con la probidad seca de la estadística, un núcleo formado por población tan reducida como la que en Santillana se alberga, apenas podría singularizarse como pueblo; pero entre las cosas que tenemos que aprender de los antiguos solares es que la ciudadanía la da una condición, no un censo; que se puede ser inmenso y aldeano; que el mote, no hace a la cosa

Lo inútil e imponderable en ciudades como la que tratamos es la concreción más definida de ellas; su clima, aquello que tienen de verdaderamente real. Y el sentimiento que desprenden sus calles y sus monumentos — todo es monumento a la larga en ellas — el magnífico tributo de una visita estremecida de asombro. Ciertas viejas ciudades de Europa difícilmente caen en el mal gusto de anquilosarse en la condición de museos; la potencia expresiva que de ellas emana se escapa hasta del hecho de que las más de las veces exploten en su atractivo y hasta lleguen a fundar su actual economía en las pingües ganancias que el ávido viajero deja en ellas. El hecho es que son entes que viven, que siguen viviendo, aunque se desarrollen penosamente en el apretado corsé de venerables muros que a la postre les resulta ahora saludable. Pues ese establecer límites preciso, estatuarios, a su organismo, da al conjunto una deliciosa atmósfera de sosiego inmutable. Así son, y por eso su eterno atractivo, las ciudades flamencas, así son Oxford o Cambridge en Inglaterra; así se presentan Chartres, Senlis, Carcassone en Francia; así los viejos centros urbanos de la Toscana, la Umbría o el Veneto y los seculares recintos de Castilla, León, Cataluña...

Su fama es justa y para el visitante atento y sensible, todas presentan una incitación a la no indiferencia; sitios hay que invitan a la ensoñación, otros al estudio, otros a evocar y corporizar hechos históricos que, así, pasan a transformarse en recuerdos inmensos. En algún lugar actúa como oyente activo el monumento o el espacio determinados, en otros es el albergue de un hombre de valor universal. Siempre hay algo definido, presente en materia y forma, que apoya la razón del atractivo, aunque a la larga, lo importante resulte aquello inasible, vago y vaporoso, que se encuentra apretado en la plaza o los canales de Brujas, en los patios de las escuelas medievales inglesas, en las fortificaciones del sur francés, en la severa reciedumbre de los portales de Avila o en el señorío de las torres de San Gimignano.

Pero Santillana del Mar se escapa de la mayor parte de las generalidades anotadas. No explota convenientemente su vejez ni le importa, a lo que parece. Tampoco invita a una actuación inmediata. Muchas son las viviendas de rancia prosapia que alberga, muchos los nombres que pueblan su antiguo vivir; pero todo se presenta como diluído entre blasones y piedras corroídas por el tiempo.

Su Colegiata es, evidentemente, un monumento románico importante, pero no configura un jalón definitorio de atracción universal

Queda, entonces, presente, imponente, la emoción que se carga en las cosas todas. Y no resulta así, absurdo, que lo primero que acuda a la imaginación al saber de su existencia, sea el nombre de Gil Blas, un personaje de novela de pura creación imaginativa, o la persona del Marqués de las Serranillas que, viviendo de verdad, vivió allí, pero como si la vida hubiera sido para él una magnífica invención legendaria.

Las atributos de la ciudad tienen una vigencia indepediente de la realización humana. Y el descubrimiento de las cavernas de Altamira, cercanas a ella canalizaron el atractivo a una vecindad que la deja ladera y un poco anodina. Por eso, Santillana se ha ido despojando de todo, hasta de los veraneantes de la nobleza española. Y queda flotando una añoranza melancólica que se afirma fuertemente en sus esquinas heridas y en el color de sus piedras. Y hasta en la musicalidad de su nombre, que debe a la circunstancia de que allá por el siglo VI se haya levantado en el lugar que hoy ocupa — cercano al Cantábrico — un santuario a Santa Juliana — Santa Illana — ártir de Nicomedia.

Pero las ciudades tienen su personalidad y la afirman. No es extraño observar cómo Santillana del Mar se resiste a ese papel secundón que no conviene a su augusta vejez. Porque en cierto modo cuaja además las virtudes de la gente montañesa. Y esta gente mantiene su empaque severo recordando con orgullo que fué la raza cántabra la que formó vanguardias de Aníbal; que fué duque de Cantabria aquel Don Pelayo que inició la reconquista española, y que en la provincia nacieron Juan de la Cosa, el cartógrafo de Colón; Fray Antonio de Guevara, el cronista de Carlos V; Herrera, el arquitecto del Escorial; Don Francisco de Quevedo; Pereda; y Don Marcelino Menéndez y Pelayo, entre otros. Sabe esa gente y no lo olvida, que allí están, además, las casas patricias de Lope de Vega y de Calderón de la Barca, esta ulti-



La calle de las Lindas en el atardecer cuando el poblado empieza a nutrirse de mugidos y mansedumbre



Calle del Río. A la derecha, la casa de Quevedo.

ma en la mismísima Santillana y ligada a la de los Velarde, una de las más antiguas e importantes del lugar. ¡Cómo no había de presentar la ciudad de que hablamos un recio soplo de señorío!

No faltó quien de ello dejase constancia, que ahondase buscando de definir un antepasado romano en su asiento actual y afirmase la importancia de su emplazamiento en el centro de una cultura paleolítica que dejara vestigios tan imponentes como los de las cuevas vecinas a que nos referimos hace un momento. Pero poco importa esa exégesis que apenas cuelga un atributo donde las virtudes se mantienen vigentes con una acomodación especial a la imposición de los tiempos. Todo aquello pasó; lo importante es cómo se mantiene viva la ciudad y cuál es su posición espiritual de hoy. Porque es difícil mantener en alto el espíritu cuando se tiene el contrapeso enorme de un pasado como el suyo. Y lo notable, entonces, es que, al tener contacto con ella, poco importe desconocer quienes fueron o son los Velarde, los Tagle, los Bustamantes, Villegas, Salazar o Estradas, cuyos blasones de piedra se multiplican en los frentes de las casonas principales — y pocas hay que no lo sean en el reducido ámbito del núcleo urbano — porque Santillana, cargada de recuerdos, es un deslizadero en el que se escurre la imaginación, como si todo en ella fuese leyenda. Allí lo concreto se convierte en poesía, la verdad en mito. Todo se suaviza, así, como en un atardecer. Y no porque la ruina haya sustituído románticamente a los hechos del pasado, sino porque todo se dulcifica y porque, justamente, al continuar viviendo Santillana se amolda a los tiempos, sin conformismo impuesto, con sencillez campesina.



Sepulcro de doña Fronilde, en el interior de la Colegiata.

Los hombres del pasado, pasados; sus escudos están ahí, y no son hermosos como trabajo de talla — ¿a qué pasarlo por alto? — pero rige siempre una altivez que se mantiene señera y a través de los siglos. La bravía reciedumbre cantábrica juega en los lemas intactos:

"Tagle, el que a la sierpe mató, con la Infanta se casó". Y Don Iñigo, el Marques de Santillana, "espejo de valentías", aquél que demostró su dominio en los valles cortando los helechos de los campos de los pobladores y usando trajes que ofendían, afirmó, a lo grande, la potente sentencia que aún campea como bandería de su escudo:

"Dar es señorío y recibir, servidumbre".

Ya no están los hombres, pero sigue presente una actitud superior en las meditativas convicciones:

"Por más valer, morir o vencer", de los Villegas.

"Un buen morir dura toda la vida", de los Villa.

"Dar la vida por la honra y la honra por el alma", de los Cos.

Estas frases se afirman en un ser y un hacer de la ciudad que fué una vez capital en las Asturias y ya no pertenece a Asturias ni es capital. Aceptar los imperativos ineludibles no es claudicar. Santillana lo perdió todo, pero no aspira a vestir púrpuras remendadas, a simular y engañar.

Hoy, cuando cae el día, sus tres o cuatro callejas — una de las cuales se llama calle de las Lindas — se pueblan de mujidos de vacunos que vuelven del campo cercano, conducidos por boyeros meditativos; resulta difícil, incluso, caminar entre las reses que buscan lentamente su establo escondido detrás de alguna fachada augusta. Las sencillas gentes viven con esa simplicidad de un estar en paz con la conciencia. Y así se establece cómo, a pesar de todo, nada ha cambiado. El marqués de Santillana venció en la batalla de Olmedo y además supo cantar a la vaquera de la Finojosa. Mientras hubo hombres fué labor de ellos; hoy están las cosas y a ellas el trajín de mantener en alto la reputación agridulce del héroe y el poeta. Por eso suenan los cencerros y sigue planteándose un arduo coloquio de primacías entre las casonas. Ser sencillo es una de las formas de afirmar un orgullo.

Como las casas no hablan — ni falta que hace — las gentes recuerdan letrillas que a sus familias pertenecen. En casi todas, los versos son macarrónicos, y los desplantes soberbios, como aquella que dice:

Soy la casa de Villegas
que hasta la mar atalayo
y que tengo mis blasones
más antiguos que Pelayo

O la otra:

Yo soy la casa de Estrada
fundada en este peñasco
más antigua en la Montaña
que la casa de Velasco
y al rey no le debo nada

La variante de ésta, balandronada sin igual, pero normalísima en el ambiente que allí se respira; afirma más allá de lo posible su intención descollante.

Antes que dios fuese dios
y los peñascos, peñascos
los Quirós eran Quirós
y los Velazcos, Velazcos.

A un lado, la vieja Colegiata rumia melancolías. En este abandonar o perder lo que se tuvo, nada conserva del santuario inicial, ni de la conventual iglesia del siglo VIII. Arranca del onceno centenio y se desarrolla hasta el siglo XVI. Se aquieta luego y permanece como agazapada y pensativa, viendo pasar los años. Con haber perdido mucho, es la que más guarda y la que más recuerda. Sus muros son solemnes y tienen un toque militar extraño; en su interior, el espacio se hace denso y gris; en el claustro, los capiteles inventan formas de inédita escultura y el hueco respira hacia lo alto.

El hecho se ha definido. Santillana sabe aceptar su destino y saca partido de él.



Las torres de Don Borja y del Merino.

Fué asiento de los nobles de España, junto nombres y albergó actividades de recordación permanente; fué grande pero bien entendió que la grandeza no se requiere de una vez para siempre y que el tiempo no pasa de balde. Hoy se agiganta en su mansedumbre severa. De nada valen blasones o almenas en la crisis de los apellidos y las armas. No se puede ser, para siempre, lo que una vez se fué, ni conviene aviejarse sin dignidad, haciendo gala de galas que pueden resultar antiguallas. Por eso, porque no puede ser lo que fué y no se resigna a no ser, Santillana es otra cosa. Y en esta nueva actitud sabe desleir en emoción el fundamento de su grandeza de siempre.

Vacas y gente humilde; piedras y portales, espacios y esculturas, establos y torres góticas, viven en la armonía de una nueva paz, sin perder altivez, sin renunciar a lo perdido y sin lamentarse por ello.

Vale la pena llegar a Santillana y paladear el dulce sabor añejo, que es su calidad de hoy, calidad de permanencia. Así Santillana se ha transformado en una obra de arte. La experiencia conviene, porque las obras de arte se observan de afuera y se sumerge en ellas; pero esta preciosa creación de los tiempos, se puede vivir lentamente.

Fernando GARCIA ESTEBAN.

(Especial para EL DIA)



El palacio de doña Leonor de la Vega.

EN LAS VIEJAS CEPAS DE LOS BRITO FORE
DE SAN JUAN S. A." LA AMPLIACION DE S



Amplio espacio libre que en un futuro próximo será loteado para formar en el una villa residencial y que gozará de los encantos de un parque natural con amplias avenidas de árboles centenarios y que será donado a la Junta Departamental de Canelones por sus nuevos propietarios.

REGIONES similares en sus características agrológicas a las que producen los grandes vinos europeos, permitió que fueran introducidas con las mayores posibilidades de éxito las primeras cepas de origen francés, hace aproximadamente sesenta años. Hoy, 17.000 hectáreas de costosos viñedos cubren vastas colinas de nuestro territorio y nos dan cuenta de su poderío económico, de la grandeza de esta actividad agraria y del futuro que le está reservado. Entre esa extensión y para orgullo de la vitivinicultura nacional, se destacan por la selección de sus múltiples variedades y la calidad de sus mostos, los viñedos que "Los Cerros de San Juan S. A. poseen allá en Conchillas, departamento de Colonia, que dieron justa fama y bien ganados prestigios a su producción vinícola.

Ha sido preocupación constante de esta sociedad, la elaboración de vinos de distintos tipos, cuidando celosamente en primer término su exquisita calidad. Y la calidad en materia de vinos sólo se obtiene con el respaldo de una competencia etnológica, con la disponibilidad de una bodega moderna y, fundamentalmente, con una materia prima que reuna en su integración, todos los elementos naturales y en proporciones equilibradas, para lograr de ella, el mejor mosto y de ese mosto, el mejor de los vinos. Bien, en ese sentido, puede asegurarse que "Los Cerros de San Juan S. A." desde que en materia agraria orientaron su actividad a la vitivinicultura; su trayectoria por los caminos de esa industria estuvo respaldada siempre por la garantía que ofrecían sus técnicos, su producción y su elaboración. Y fué tan exitosa esa nueva actividad de "Los Cerros de San Juan S. A." que hoy frente a la enorme demanda de sus acreditados vinos, se ve obligada a entrar en la ampliación de sus viñedos y de su bodega. Y si cualquier industria frente a un problema de esa naturaleza puede de inmediato abocarse a multiplicar su esfuerzo para satisfacer la demanda de su clientela, en verdad que en lo que se refiere a la vitivinicultura, el problema se volvió complejo y presentó múltiples inconvenientes. No hablemos de planta de industrialización ya que, en ese aspecto sólo intervienen los capitales, pero si, es necesario destacar las dificultades relacionadas con la elección de las tierras para la instalación del viñedo, cuando lo que se desea es una producción vitícola de alta calidad. También sería esto posible para una empresa en formación y con tiempo suficiente para someterse a la larga espera que obliga el desarrollo del viñedo hasta que entre en producción, pero para "Los Cerros de San Juan S. A." era de capital importancia entrar en posesión de un viñedo acreditado por la excelencia de sus cepas, capaz de producir de inmediato tipos de vinos que, por su bondad, estuvieran en consonancia con la garantía que hoy ofrecen los vinos de "San Juan" en circulación de sus acreditadas bodegas.

Y a la búsqueda de un viñedo en producción que reuniera esas condiciones, el directorio de "Los Cerros de San Juan S. A." concertó con los señores Brito Foresti Hnos., la adquisición de sus viñedos y bodegas fundado hace unos sesenta años, por don Eduardo Foresti y ubicados en las cercanías de la ciudad de Las Piedras.

Magnífico establecimiento vitivinícola que tiene por asiento la calidad de sus tierras que tal vez no muestren sus muy ricas propiedades, pero que al ser trabajadas con maquinaria moderna y fertilizadas con los minerales que pueden absorber las cepas, han de trasmitir al racimo un jugo abundante y darán al mosto la fermentación necesaria para lograr un vino de un color rojo brillante extraordinario y un sabor que encanta.

Viejas cepas que introducen sus poderosas raíces en aquel subsuelo cuyo corte geológico nos dicen de su similitud con los de los grandes y clásicos viñedos de la vieja Europa, continuarán siendo las productoras de las uvas, de los caldos y de los vinos, que dieron fama e impusieron su calidad en el Uruguay y en el extranjero, de "Los Cerros de San Juan S. A.".

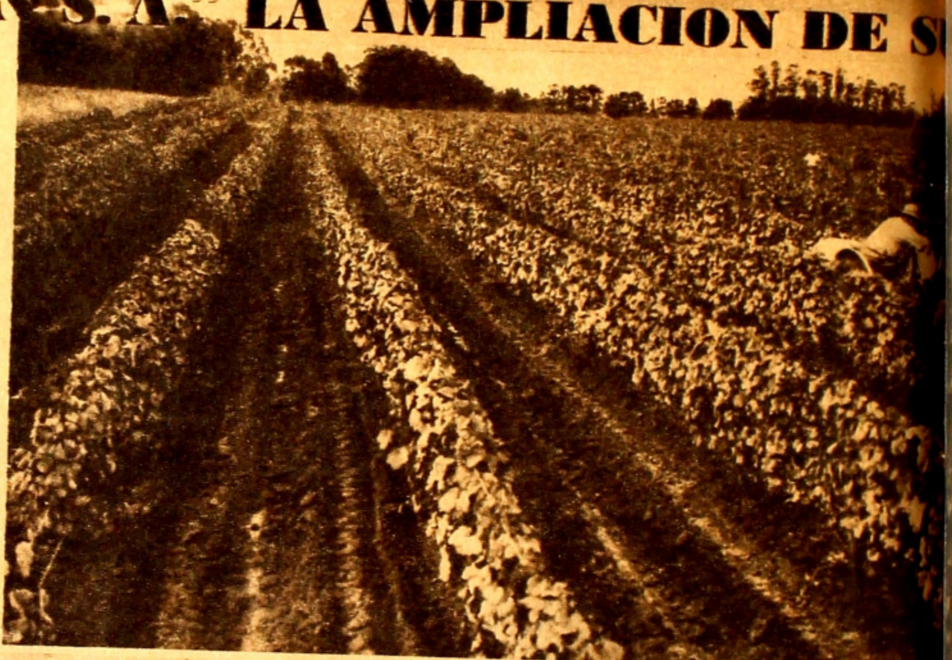
El "Unico Reserva" y el "Unico Clarete" cuya activa demanda por los consumidores viene testimoniando su excelente calidad, serán elaborados con la producción



...to a la corpulenta arboleda y los verdes ...
don Eduardo Fore...



Don Reginaldo Booth, siempre fuerte física y espiritualmente, impone en la nueva explotación su indiscutida competencia para transformar los viejos viñedos de los Brito Foresti en un ejemplarizante establecimiento de producción vitivinícola, con la apreciable colaboración de su hijo don Arturo Booth y de don Santiago Rodríguez (h.)



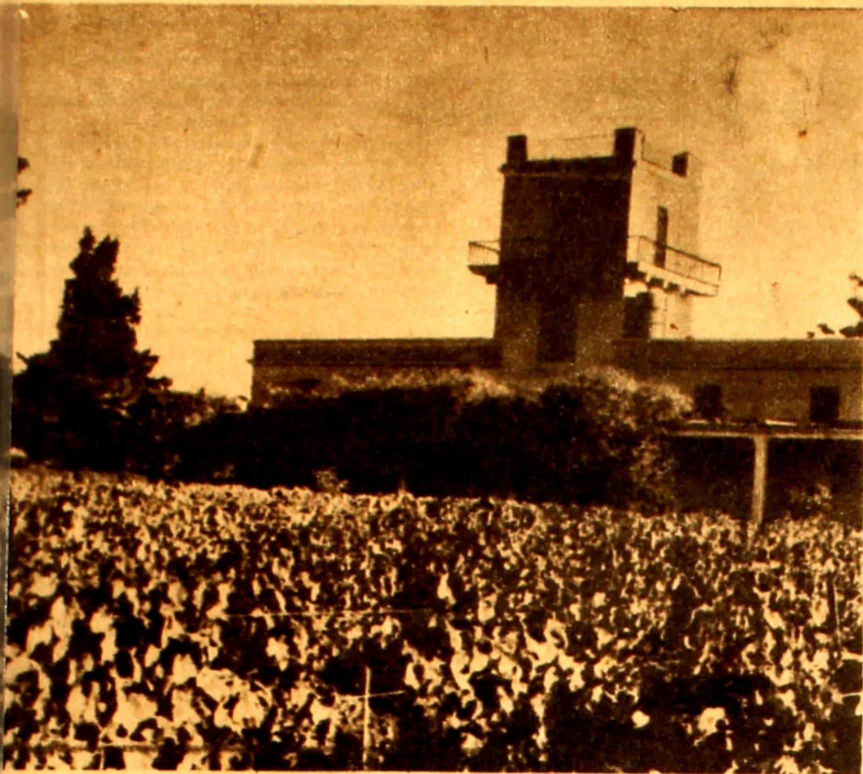
Particular atención se presta en los viñedos ...
trabajos y la sanidad de las cepas ...



Desde lo alto del mirador que domina los extensos cultivos, se puede observar un sector de viñedo en plena recuperación y producción



Aspecto parcial de la gran bodega, donde en costo...
"Los Cerros de San Juan" y miles de envases con ...
se encuentran listo...



...se eleva con su mirador, la antigua casona que fué residencia del fundador de la granja ... lugar de recepción de amigos y clientes de "Los Cerros de San Juan".



Con la gentileza propia de una amable visitante, es posible observar la notable producción de las cepas de viñedos de "Los Cerros de San Juan" en su anexo de Las Piedras

..., RESPALDARA "LOS CERROS ... PRESTIGIOS VITIVINICOLAS



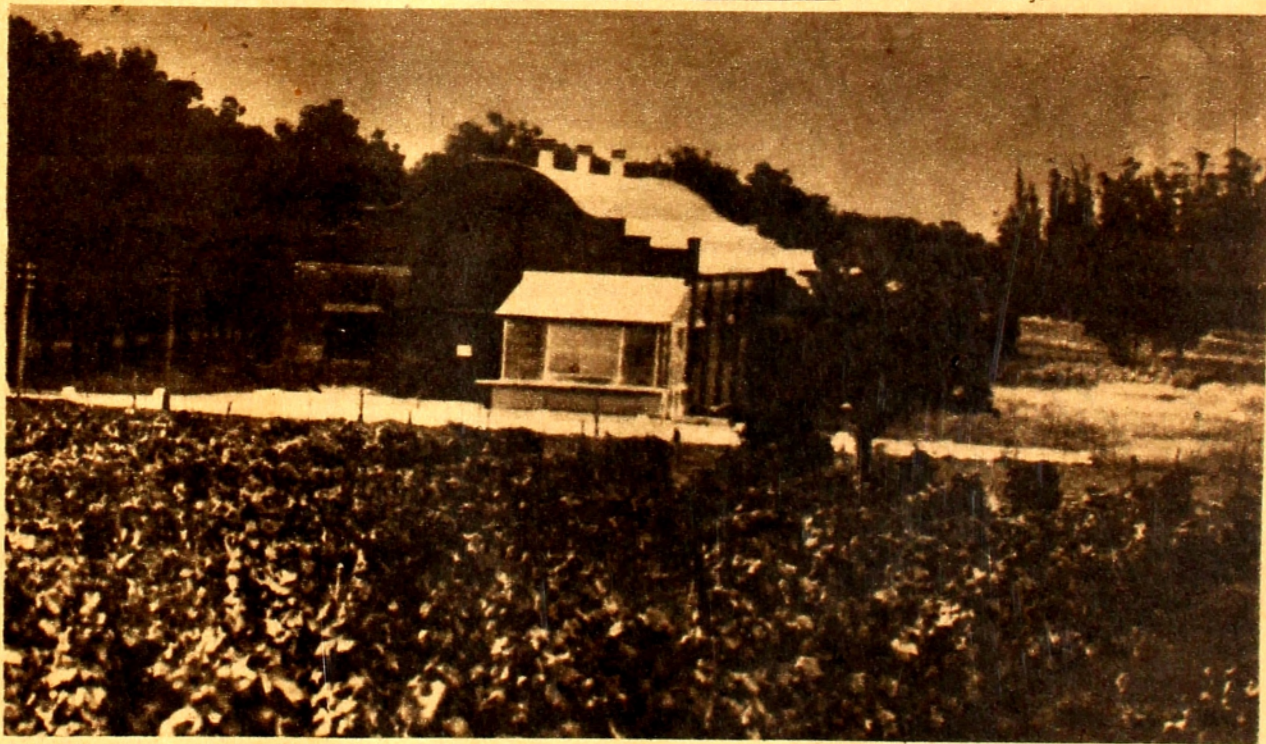
... Piedras, cuidando el suelo con frecuentes ... periódicas y eficaces pulverizaciones

de esas cepas que un día lejano plantara don Eduardo Foresti, y en la vieja bodega de Las Piedras, sufrirán el beneficioso proceso del añejamiento que los volverán gratos y amables, para aquelos que sólo gustan de vinos exquisitos.

Digno esfuerzo de "Los Cerros de San Juan S. A."; ejemplarizante iniciativa de la acción privada que muestra un meritorio afán de superación para elevar al más alto grado la producción vitvinícola del país y que mostrará fuera de nuestras fronteras la riqueza de nuestra tierra, la generosidad de su producción y la capacidad de sus hombres de trabajo.



...toneles de roble se añejan los famosos vinos de ... acreditados "Unico Reserva" y "Unico Clarete", ... para la expedición.



Casco de la vieja bodega que, modernizado en sus instalaciones, pasará en breve a ocupar un destacado lugar entre los establecimientos vitivinícolas que hará honor a la prestigiosa región de Las Piedras.

DENOMINACIONES Y MENUDENCIAS DE LA GUILLOTINA

CON la eliminación de los Terroristas del poder la guillotina perdería el esplendor que tan rápidamente lograra. Las insurrecciones de Pradial Año III (Mayo 1795) devuelven el artefacto a la Plaza de la Revolución. Dos meses más tarde el instrumento reposaría inactivo para ser utilizado en adelante, con extremada mesura, en casos muy extraordinarios. El Directorio, sistema de Gobierno que reemplaza a la Convención en octubre 1795, enterado de la repugnancia que inspira la guillotina, por la sangre que hizo correr en pleno centro de las ciudades, cambia la técnica. Utilizará alternativamente dos medios para eliminar a los incómodos: el fusilamiento en recintos inaccesibles al público o las fiebres tropicales en la lejana y misteriosa Guayana. El 10 Termidor ha matado al Terror con Robespierre; las atrocidades no desaparecen, se reducen en número y pierden en espectacularidad. La hipocresía sustituye a la bestialidad. La Revolución Comunista ha dejado su sedimento, como no podía ser de otro modo. Cuando un régimen disparatado ha desarticulado el mecanismo de una nación, quedan residuos infectando los órganos que lo integran; su eliminación requiere algún tiempo. A menudo el pueblo desconcertado cree encontrar la salvación en una terapéutica enérgica. El Incorruptible, después de muerto, le obsequiaría a Francia un Emperador.

La ubicación del aparato también tiene su leyenda. Esta vez conocemos el origen del error. Salió de la pluma de un publicista de jerarquía: Monsieur Thiers, como siempre le llamaron respetuosamente sus compatriotas. En su famosa Historia de la Revolución Francesa dice: "El repugnante Fouquier llevando su vehemencia hasta la extravagancia, hizo levantar la guillotina en la misma Sala del Tribunal". No hay tal. Thiers interpretó equivocadamente la voz 'echafaud' '(andamio), que figura en documentos de la época en los que se le da su significado original; es decir estrado provisorio para alojar espectadores. Dió al vocablo una de las acepciones que recibiera a fines del Siglo XVIII y entendió guillotina. El lapsus del distinguido estadista hizo camino; existen grabados que representan al patíbulo en plena Sala del Tribunal Revolucionario. Con todo el respeto que nos merece el ilustre historiador, debemos desvirtuar su peregrina aseveración. La extravagancia de Fouquier-Tinville no llegaría a tanto. La verdad es ésta; en cierta oportunidad pretendió montar en la Sala de Audiencias un inmenso estrado para juzgar por tandas de doscientos acusados. El Comité se contentó con reducir la cifra a cincuenta, creyendo modificar la cosa con el número.

La máquina de decapitar ideada durante la Revolución recibió distintas denominaciones. Al principio se la llamó "Louisette" (Luisita) por haber sido el resultado del minucioso informe del Dr. Louis. Marat, aventurero internacional, nacido en la Suiza Alemana de padre italiano de origen español, con sospechosas andanzas en Inglaterra y cuyo verdadero apellido era Mara, la llamaba cínica y cariñosamente "Ma Louisette". Muchos decían "la machine á Guillotin". El pueblo prefería los nombres pintorescos y ocurrentes. Unas veces era "la plancha para asignados"; otras "la ventanita", "el boharbillón", "la gatera", "Louison', "la maquinita de Schmidt', "la viuda" (quien con ella se acostara no sobreviría), "la doncella" (ninguno de sus abundantes amantes logró poseerla), etc. No faltaron quienes la santificaron. Los presidiarios de la Guayana la apodaron "la manivela".

El primer nombre oficial fué máquina de decapitar; pero como era necesario montarla sobre un tablado para satisfacer la morbosa curiosidad del público, siempre atraído por esta clase de espectáculos repelentes, al anunciarse la erección del patíbulo se decía que "el tablado (échafaud) con la máquina de decapitar se instalara. . ." "Echafaud" con el tiempo pasó a designar al conjunto; más tarde sirvió para nombrar al aparato mismo. Es hoy la forma oficial más empleada.

No se sabe exactamente cuando se le empezó a llamar guillotina. Algunos documentos demuestran que desde un principio esta designación alternó con las demás. En su número de abril 27 de 1793, "Révolutions de Paris" que redacta el autor del poético Calendario Revolucionario, Fabre d'Eglantines, refiriendo a la segunda guillotina, perfeccionada, que entra en servicio por esa fecha dice: "Se está dando término a la guillotina; no puede imaginarse un instrumento de muerte que mejor concilie lo que se debe a la humanidad y lo que la Ley exige, al menos mientras la pena capital no quede abolida'. La insinuación final era, en aquellos momentos, un tanto temeraria. Ya a principios de 1793 el verbo "guillotinar" queda incorporado al idioma popular.

Desde los primeros días del Terror estuvo de moda entre los condenados componer lo que entonces se llamó "mi canción de la guillotina". La mala suerte no cortaba la vera lírica. Cada cual la confeccionaba a su paladar y vocabulario. Era un resabio de la época galana y displicente que se había estado viviendo desde la Pompadour. Las contrariedades se querían mitigar con lindas frases o con un epigrama bien rimado. Cuando el descontrol amenazaba arrasarlo todo, muchos creyeron apagar el incendio echando encima un poco de perfume.

No cabe pues duda que el empleo de la voz guillotina, que prevaleció sin justificación, remonta a los primeros días de la implantación del aparato. Con toda justicia hay que reconocer que más derechos tenía el doctor Louis, por haber formulado los principios fundamentales para su construcción; ~~pero la celebridad del Doctor Gui~~llotin y el afecto que el pueblo de París le dispensaba, unido a la circunstancia de creerse que eliminaría sufrimientos, indujeron posiblemente a adoptar el nombre del filántropo para un aparato que fuera inspirado en propósitos humanitarios. Nadie podía prever lo que acontecería en los años terribles del 93 y 94.

Repetimos que mucho mortificaba al Dr. Guillotin la triste celebridad que sobre él recaería como consecuencia de haber sido autor de una noble moción.

Una imprudente manifestación del propio Guillotin debe haber contribuido a esa indebida imputación. En la sesión de diciembre del 89, antes que el aparato existiera, para robustecer su exposición de motivos creyó oportuno cerrar su alocución con una frase que supuso de gran efecto oratorio: "Con mi máquina les hago saltar la cabeza. . ."; declaración que bien pudo haber sido equivocadamente interpretada.

Los historiadores y más particularmente los coleccionistas se han preocupado de la suerte corrida por el artefacto que tuvo el honor de acabar con los días de Luis Capeto. Es evidente que el valor de las máquinas radica en su grado de perfección o por el hecho de constituir el punto de arranque de una nueva era. Tiene sin duda interés histórico la construída en primer término, por configurar la introducción de una nueva técnica. Se explicaría por esta razón el desvelo por dar con la primera guilotina fabricada por el carpintero Schmidt; pero de ella nadie parece preocuparse. En cambio, mucho se ha escrito sobre el posible paradero de la que se utilizó para decapitar a Luis XVI. Las circunstancias quieren que una y otra sean el mismo aparato; por lo que la fútil inquietud por conocer el fin de lo que se ha dado en llamar "Guillotina de Luis XVI" (sic), conduciría a dar con la primera, ésta de significación histórica innegable por la particularidad de ser la original.

La primer guillotina sólo alcanzó a estar en uso en París un año. En abril del 93 Schmidt suministraba un nuevo artefacto corregido y mejorado; de construcción más acabada; con colisas de bronce; cuchilla de diseño más adecuado, hecha con material y temple de esmerada calidad. Este segundo ejemplar reemplazó en París al original, que sería obsequiado a alguna otra localidad francesa, anhelante de seguir el ejemplo de la Capital.

Otro aspecto de la cuestión que ha suscitado muy vivas ~~controversias se relacio~~na con la rapidez del aniquilamiento de la vida en el guillotinado. La separación casi instantánea de la cabeza del cuerpo no implica necesariamente la pérdida inmediata de toda capacidad receptiva de impresiones exteriores, ni la anulación de to-



Maximiliano de Robespierre (1759-94). La fisonomía tiene algo de felino. Los ojos expresan desdén, la boca resolución.

da sensibilidad susceptible de provocar r acciones íntimas. En efecto, todos los órganos sensoriales están alojados en la cabeza. Su funcionamiento se ejerce por la energía que les proporciona la sangre al circular; mientras esa sangre conserve la temperatura, fluidez y constitución adecuadas para alimentarlos, parece no existir razón para que dejen de cumplir con su cometido. En una cabeza recién separada del cuerpo la sangre debe guardar por algún tiempo esas características y, por tanto, el supliciado muy bien podría tener la facultad de sentir durante el lapso en que ellas se mantuvieran.

Es indudable que no debe descartarse el efecto anonadante del traumatismo provocado por el corte, que podría adormecer la sensibilidad y cuya persistencia pudiera sobrepasar la acción vitalizadora de la sangre.

Las apasionadas discusiones no condujeron a conclusiones categóricas. Estimándose que la única opinión valedera sólo podía aportarla el interesado y que era evidentemente un absurdo pretender que un guillotinado nos informara al respecto, se pensó que lo más cuerdo era suspender la polémica; posición juiciosa pero equivocada, como lo establecería un extravagante experimento. No siempre lo razonable concuerda con lo posible. Ocurrencias que la lógica suele tildar de descabelladas demuestran con el andar del tiempo estar muy entradas en razón. Las deducciones que el espíritu establecen derivan de arraigados conocimientos anteriormente adquiridos y se desecha como absurdo lo que no se alcanza a comprender por no disponerse de los necesarios elementos de juicio. Lo cierto es, por muy singular que ello pueda parecer, que un decapitado aclararía la cuestión.



Sala de Sesiones de la Convención en las Tullerías, según un dibujo de Monnet

La sorprendente experiencia tuvo por protagonista a un médico francés que había tomado parte activa en la elucidación del punto y que, por razones que no es del caso rememorar, fué sentenciado a la pena de muerte por decapitación. Con un colega que le había acompañado en la polémica convino realizar la tentativa de disipar la duda. Todo consistía en establecer si la cabeza frescamente cortada conservaba aptitud para percibir una impresión exterior y responder por una reacción apreciable. Resolvieron descartar el caso en que por sí sola la cabeza separada trasmitiese una manifestación de vida; acordaron determinar si era capaz de tener reflejos a acciones externas. Quedaba descartada la emisión de un sonido, pues los órganos vocales no contaban con los que deben suministrar el aire necesario, por quedar alojados en el cuerpo. Consideraron que lo más indicado era recurrir a los ojos. La prueba consistiría en observar la acción de una guiñada ya que, generalmente, la cabeza del guillotinado cae con los ojos abiertos.

Obtenido el necesario consentimiento de las autoridades, el médico amigo se ubicó junto al cadalso del lado en que caería la cabeza de su infortunado colega. De inmediato a su separación la tomó por los cabellos y enfrentándola lo mejor que pudo a la suya guiñó con el ojo derecho. Experimentador y testigos aseguraron que la sangrienta cabeza respondió en igual forma. La prueba pareció terminante; no obstante, aún se sigue debatiendo el asunto, lo que demuestra que el espíritu humano es algo muy difícil de persuadir. Sea como fuere, todo induce a pensar que la decapitación constituye el método más rápido para quitar la vida, pero no cabe duda que es el que más repugna de los que todavía se obstinan en aplicar las llamadas naciones civilizadas.

Tal la verídica historia de la guillotina en los albores de su existencia, que fué la época de su mayor gloria. Queda establecida la inexactitud de la leyenda que se sigue haciendo correr sobre la desdicha del inventor víctima de su propio invento, a quien más le hubiera valido quedarse quieto para no exponerse a ser de los primeros en probar la eficacia de su funesta elucubración.

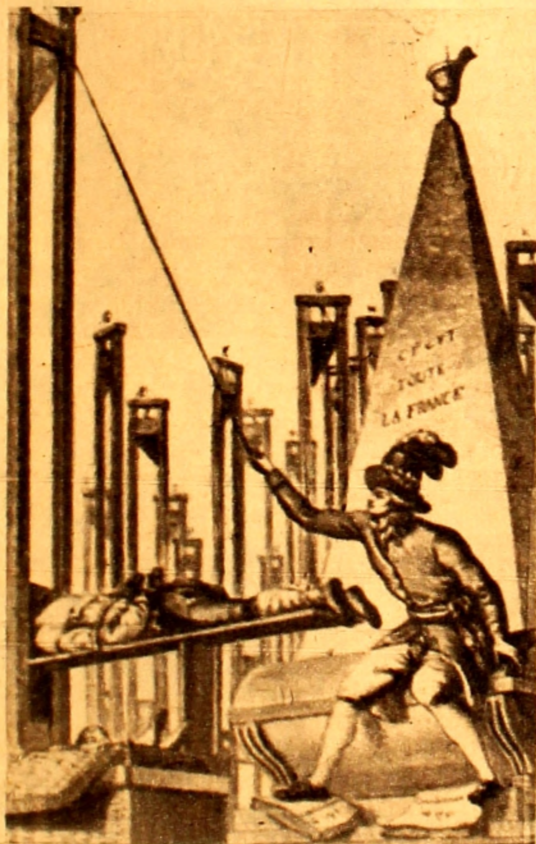
Ni fue el Doctor Guillotin su inventor, ni hubo de experimentarla en carne propia esa siniestra jornada que ultraja la historia de la Francia inmortal; aún cuando estaba totalmente desprovisto del "talento de vivir" que, según la descarada expresión del Abate Siéyés, político de clara inteligencia y sólida erudición, pero de singular espíritu oportunista, era el único medio de poder subsistir durante el Teror. De buscar una explicación a su salvación habría que pensar en su escasa vocación por la política, derivada de su pronunciada inclinación por la ciencia. Ni Robespierre ni sus corifeos se inquietaban mayormente por aquellos que carecían de aptitudes para la lucha política, en la que no toleraban rivales. No era el gobierno de Francia que los desvelaba, sólo su manejo los trastornaba.

El Incorruptible ha hecho gastar mucha tinta. Cuenta con un buen número de defensores que han echado mano a estrafalarias impugnaciones para justificar su conducta y hacernos creer que fue un hombre de Estado. Se ha llegado a querer disculpar sus atrocidades pretextando que en perfecto discípulo de Rousseau estaba convencido de la bondad original del hombre, lo que le habría llevado a eliminar a todos aquellos que no encuadraban dentro de la candorosa concepción del filósofo ginebrino. Poniendo en práctica la expresión de Cosme de Médicis, prefería despoblar a Francia antes de verla perdida. Para que los franceses fuesen virtuosos los degollaba.

En el monstruoso régimen que instauró nada tuvieron que hacer ni ideologías ni principios. Fué la consecuencia necesaria de su encumbramiento. Cuando se ha llegado al poder por la violencia es difícil mantenerse en él sin su ayuda. El terror, arma de los débiles, suele ser su corolario obligado. Robespierre, político mediocre y ambicioso, para satisfacer su codicia no atinó a usar de otro arbitrio que la bestialidad.

Raúl SAMPOGNARO

Especial para **EL DIA**



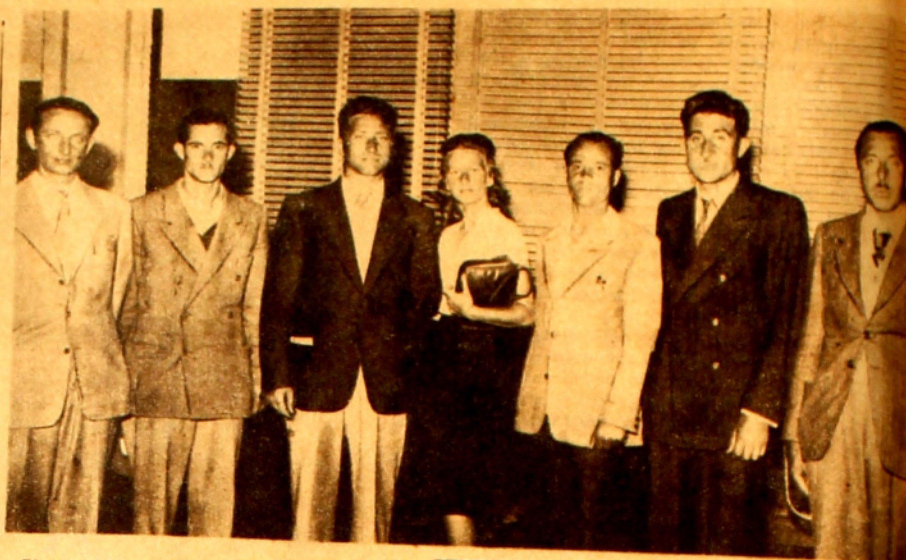
Caricatura de la época del Directorio que representa a Francia colmada de guillotinas. El personaje empenachado es Robespierre pisoteando la Constitución y decapitando al único sobreviviente: el verdugo. La pirámide recordatoria lleva por inscripción: "Aquí yace toda Francia".



Robespierre teatralmente ataviado: frac azul, penacho, flores: preside la Fiesta del Ser Supremo.





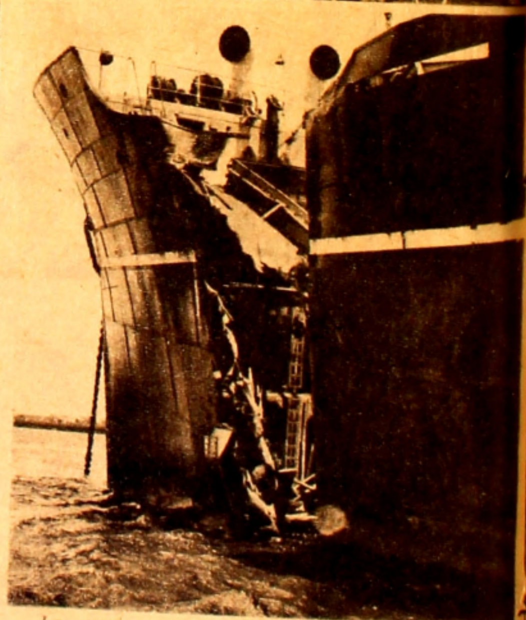


El experto agricultor italiano Francesco Zanon, acompañado de su esposa y un grupo de labradores italianos, venidos al país para dedicarse a la agricultura, en la visita hecha a nuestra redacción el mismo día de su llegada a Montevideo.



El error al anunciarse un número por otro como premio mayor de la Lotería, ha constituido la nota destacada de la semana anterior, conmoviendo a cuantos siguen afanosos las cabalísticas combinaciones de las cifras. Estas notas muestran el alarde de una vidriera con el número tan prontamente desdeñado, y en la otra al Ministro de Salud Pública y autoridades de la Adm. de Lotería revisando el casillero de las bolillas premiadas.





La avería profunda y amplia en la pro del "Bowgran".



















Las alumnas del nuevo curso de visitadoras sanitaristas que ha iniciado el Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública, llegando al Centro de Salud del Cerrito de la Victoria para asistir a clase.

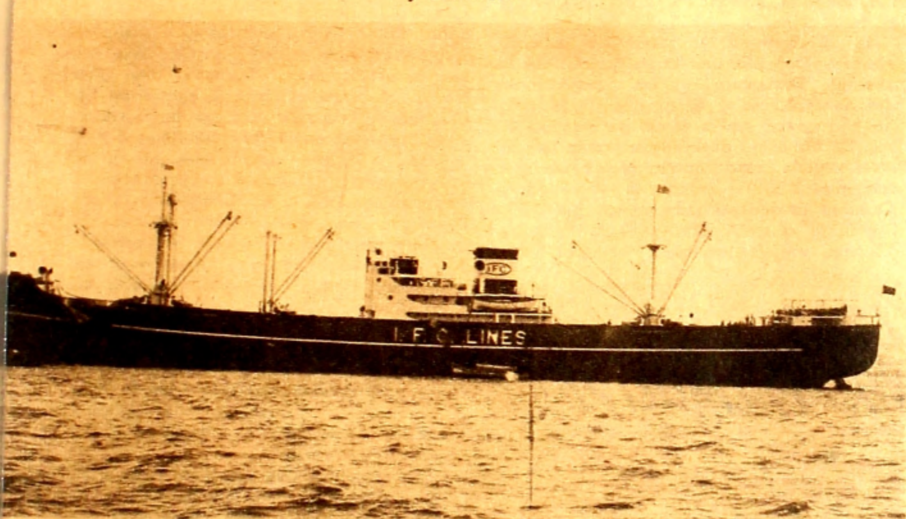


Partieron para realizar maniobras militares en Santa Teresa, los alumnos del curso de Oficiales de Reserva, comandados por el coronel José Gavazzo, apareciendo en estas notas a su salida del cuartel y en el andén del ferrocarril.

INFORMACION LOCAL



Recepción ofrecida por el Círculo de la Prensa a los refugiados argentinos en el Uruguay como expresión de homenaje y simpatía a la causa democrática que sustentan y defienden.



El barco noruego "Bowgran", embestido por el panameño "Protea" en el puerto de Montevideo, produciéndole importantes averías.



El poste telefonico es lo único moderno en esa calleja que atravesó D. Cipriano.

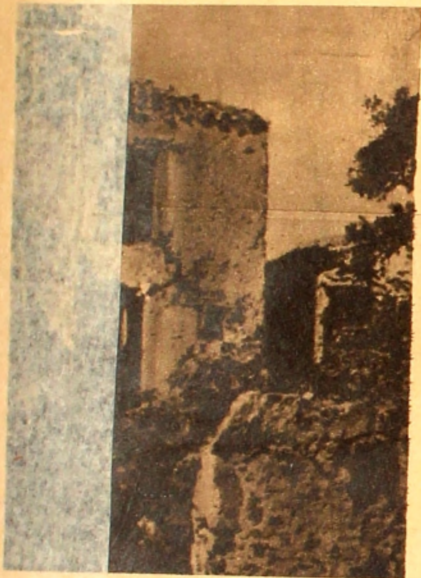


Foto: Colecciones "Lax Uruguaya" y "El Sportman". Colonia.

Tejas coloniales avanzan hacia el río.

DE NUEVO LA BITACORA DE D. CIPRIANO

ESTA gaviota un tanto enloquecida que fué trazando la ruta vital de don Manuel Cipriano de Melo y Meneses, se había detenido algún tiempo, luego de fijar aquel curioso instante de 1762 en que el lusitano iza la bandera hispana en el reducto de la Colonia. La imagen de la gaviota tiene sentido, porque fué fundamentalmente hombre de mar —lobo de mar— y de vuelos, a través de los más diversos puertos y playas de la realidad, de la acción y de la fantasía. La detención de algunos meses —provocada por otro tipo de acción— cobra cierta calidad simbólica, porque aquel esfuerzo de Ceballos también se detuvo en razón del tratado de París, por el que Colonia fué devuelta a los portugueses. Pero al contemplar una vez más las ruinas de la ciudad homérica, de que dí cuenta en anterior artículo, se plantó la gaviota delante de mí y me hizo revivir a don Cipriano. Y me trajo el recuerdo de que el 63 había conducido la friolera de ciento setenta y cinco prisioneros a Buenos Aires.



Ruinas de la Colonia vieja.

¿Sólo por artes de magia y de traidor pudo hacerlo, sin conocimientos técnico-marítimos? No. Que Cipriano se había presentado, como ya lo referí, hacía poco más de veinte años en la ciudad últimamente citada, ante el teniente D. Alonso de la Vega. Llevaba sólo lo puesto. Que lo demás, lo mucho, por cierto, estaba en posesión de sus parientes, que habían expulsado al niño. Era, en aquel momento, el infante desertor. Llegado de los dominios de Su Majestad Fidelísima el rey de Portugal, cumplió, en ese simple acto, en esa simple presentación, con todos los más complicados procedimientos para obtener ciudadanía, reconocimiento o carta de naturaleza, que no las tuvo jamás, lo que le fué bastante echado en cara a posteriori. Hubo, entonces, un reconocimiento tácito al proporcionársele empleo. Todo lo consiguió —habrá resultado simpático el muchacho solitario— con la simple presentación ante don Alonso de la Vega.

La gaviota gira, gira y gira. Guerra guaranítica. Y después, el destino de gaviota lo lleva a Cádiz, acompañando nada menos que al Marqués de Valdelirios. En la ciudad hispana, lo que era improvisación se torna en técnica. Cádiz es la verdadera cátedra marina. Y allí, Cipriano estudia todas las artes del pilotaje. Ya no tienen más secretos para él, velas, timones, anclas y bitácoras.

Ya armado caballero de los mares, a su regreso... a su regreso "on revient toujours...". La Colonia, ¡ah, la Colonia!, atraía, no obstante la deserción anterior. Pasan los años, y el olvido cuenta en la aventura. Audacia la de recorrer su calleja de los Suspiros, más o menos suspirando anhelos y recuerdos. Y no sólo entra personalmente, con ese pasaporte de amnesias, pues le acompañan cuatro esclavos, equipaje y "mil y tantos pesos *en dinero*" que había logrado rescatar de lo suyo en Lisboa, "cosa boa, cosa boa"...

Pero la Colonia le resulta pequeña a la gaviota madrina. Pasó pronto con todo a Buenos Aires, en repetida deserción de lo luso a lo hispánico. Ceballos, con amnesia tutora, lo hace práctico. Y de este hecho se derivan las mil incidencias conocidas de la toma de la Colonia en el 62. La victoria le dió a Cipriano amplia libertad para pilotear barcos de guerra y de comercio. Cruzó varias veces el Atlántico, y su sino de argonauta lo llevó a ser señor de los mares.

Pero, para que la aventura fuera completa, no todo fué dominio, que supo de los sinsabores del naufragio en viaje de Alicante a Londres. Pasó a Bristol. Después, de nuevo a Lisboa, imán de saudades. Ya no es el niño desplazado; es un hombre audaz y dominador. Sus parientes, sus famosos parientes habrán vacilado, pero no tuvieron otro remedio que habilitarlo para pasar a Bahía de Todos los Santos, como capitán de una fragata.

Nuevo aspecto de la aventura, que faltaba en su curiosa personalidad: el mercantil sedentario. Que en Bahía ancla por un tiempo y pone casa de comercio, con el producto de lo que había sido suyo y se le había querido arrebatar. Pero aparece la gaviota y lo impulsa a viajar por puertos del Brasil y de Africa.

No es hombre de horizontes limitados. Pide más continentes. Los documentos del Archivo de Indias, que conseguí por índice de Torre Revello, me sumergen aquí en un mar de dudas sobre fecha y ciudad de casamiento con la buena doña Ana. Que la tan mentada amnesia, o lo que sea, domina en la materia.

El 72 cayó en las garras del corsario español José Manuel Trigo, patrón de la chalupa "Besuguera", en las inmediaciones del Santa Lucía, y debió dar fianza para no permanecer en la cárcel de Buenos Aires. Su Majestad declaró por buena la presa. Continúa izando en sus popas banderas lusitanas. Y el 77, frente a la isla de Santa Catalina, lo detiene nada menos que Ceballos junto con el marqués de Casa Tilly. Llevaba víveres, muebles y géneros. Pero Ceballos lo reconoció, recordó sus méritos y no sólo le dió la libertad, sino que por respeto a Cipriano, *"al dicho Cipriano"*, lo hizo con todos los que le acompañaban, amén de dejar libre la carga. Como si esto fuera poco, lo designó práctico de su escuadra —que poco importa un cambio de banderas...

De Melo consiguió salvar del naufragio a cuatro naves, que para algo puso en él su confianza Ceballos cuando dijo: *"Ya tenemos quien nos lleve al Río Grande de San Pedro, al de la Plata, y por toda la Costa y Puertos del Brasil. este se crió Muchacho entre nosotros, y es el mejor Piloto y Práctico que tienen los Portugueses"*. En la emergencia lo acompañaba doña Ana, la que trajo a Montevideo la parte de carga no vendida en la isla y varios esclavos. El caudal en la época era de cincuenta mil pesos.

Mientras tanto, Cipriano ayudó a la toma de Santa Catalina, llave estratégica para la reconquista de la Colonia. Y lo hizo con un movimiento sólo característico en él, motor permanente, cadena de intranquilidades. Ceballos había quedado enojadísimo después del tratado de París. Sólo la tinta y la diplomacia habían logrado vencer sus empresas bélicas. Y ahora venía con plenos poderes para la toma definitiva. Se quiso capturar previamente Río Grande y a Cipriano se le asignó cargo de confianza, pero los elementos pudieron más que los hombres, en terrible temporal. Ello apresuró el enfrentamiento a la ciudad de Lobo. Entre Santa Catalina y Colonia es casi increíble lo hecho por Cipriano. Andanzas, salvatajes... Testigos: Juan Jose Núñez, el brigadier José Custodio de Sa, el también brigadier Antonio de Córdoba, el ex-capitán Zapiola, Manuel Ignacio Fernández... Córdoba apunta que, por su valor y prudencia, Ceballos lo recomendó *"a presencia de todos a su Subcessor el Exmo. Señor Dn. Juan José de Vertiz, y a el Yntendente Dn Manuel Ignacio Fernández"*.

Pero, ¡ay! Aquí comienza la tacha oficial del traidor. Porque apenas llegó a Río Janeiro la noticia de su pasaje a las armas de Cebalos, *"quardo calificándolo por traydor a la Patria, fué llamado a edictos y pregones, señalándole el término de quatro meses para que se presentarse en la Ysla de Cobras, y secuestrándole por su reveldía todos los intereses que tenía en el Janeyro y Río Grande"*.

Poco caso hizo don Cipriano a los edictos y pregones. Que él, leal, sí leal, a Ceballos por lo menos, está frente a la Colonia el 97. Conduce en una goleta a la importante persona de don Pedro de Ceballos; en la playa de los Molinos señala el paraje *"competente"* para el desembarco de tropa, artillería, municiones, víveres y pertrechos. Mediante su consejo, todo se hace con comodidad. Trabaja con un afán continuado en los reembarcos y trasbordos. Y asiste más o menos impasible a la destrucción de la ciudad. Mas, todo tiene su pago en la vida. Sus muebles y efectos propios y de doña Ana, son transportados a Buenos Aires. Se le recompensa, además, con una quinta que fué de su suegra y una casa, por otra que le había sido demolida en el asalto. En pleno sitio, pide constancia a los diversos jefes de la importancia de sus servicios, que le serán bien abonados posteriormente. Y las declaraciones son numerosas, no obstante lo cual, en uno de sus apasionados alegatos, llegará a decir que *"por su descuido no tiene Documentos"*. Sin embargo, su libro de bitácora vital está tan documentado, que me permite seguirlo casi paso a paso.

J. C. SABAT PEBET.

(Especial para EL DIA).

TARZAN

Por Edgar Rice Burroughs











